

Discurso de agradecimiento de la distinción como Maestro de la Cirugía Chilena

Dr. Mario Uribe, Presidente de nuestra Sociedad de Cirujanos, respetados miembros del actual Directorio, estimados compañeros y amigos de esta querida institución, señoras y señores: quisiera iniciar estas palabras recordando que en un día como hoy, hace exactamente 50 años, nuestra Sociedad de Cirujanos se reunió para otorgar, con toda justicia, el título de Maestro de la Cirugía Chilena, año 1964, al profesor Dr. Italo Alessandrini. Para mi resulta especialmente emocionante y significativo evocar que en aquel momento y luego de cinco años de haber sido uno de sus alumnos, daba término a mi Internado de Cirugía en el Hospital San Juan de Dios de Santiago y, junto a mis compañeros, me despedía de él con mucho afecto. No sabía en ese momento que seríamos sus penúltimos Internos ya que pocos meses después, a mediados de 1965, iba a fallecer.

Pero muchísimo menos habría podido imaginar, que después de 50 años, uno de sus imberbes internos siguiendo su ejemplo y habiendo recorrido también ese largo, hermoso y a veces pedregoso camino de la Cirugía, pudiera llegar a tener el honor de ser considerado merecedor de similar distinción.

Conmovido, sorprendido y ciertamente muy agradecido por la bondadosa distinción acordada por el Directorio de la Sociedad que preside el Dr. Mario Uribe traté de entenderla y como primer paso me apresuré a dar una mirada a la historia de nuestra Sociedad y al aporte hecho por cada uno de sus maestros al desarrollo de la Cirugía Chilena. Con sólo recordar a varios de ellos que fueron mis maestros directos y constatar quienes habían sido a su vez sus antecesores, varios de ellos figuras señeras de la Cirugía Chilena, he quedado consternado. A través del testimonio de sus discípulos, del registro de sus obras y de la contemplación de fotografías de sus figuras distinguidas, en las que se puede apreciar su apostura, prestancia y caballerosidad, ciertamente he sentido que mis méritos resultan escasos ante los de ellos.

Necesariamente tendría que pensar que los tiempos han cambiado y que con generosidad esta Directiva ha querido más bien representar en mi persona el reconocimiento al papel jugado por innumerables colegas y amigos que en estos últimos cincuenta años entregaron su vida al servicio del Sistema Nacional de Salud y a las Universidades Regionales a lo largo de todo Chile y que a pesar de haber estado condicionados y limitados por los avatares de una época muy compleja, de cambios vertiginosos, y de constante reemplazo de paradigmas técnicos, científicos, organizacionales y culturales, tanto en el país como en nuestros sistemas de salud, siempre han estado dispuestos a seguir entregando sus conocimientos y aportando su experiencia a los más jóvenes.

A los cirujanos del último tercio del siglo veinte y primeros años del siglo veintiuno nos correspondió vivir drásticos cambios políticos nacionales e internacionales, revoluciones culturales con grandes consecuencias éticas y conductuales y enfrentar, participando en alguna forma, en el desarrollo exponencial de la ciencia y la tecnología. De una Medicina fundamentalmente clínica y personalizada, todavía con influencia europea, fundamentalmente francesa y alemana, que alcanzamos a aprender y a

valorar de nuestros maestros, entramos de lleno a una Medicina cada vez más tecnológica y despersonalizada, especialmente de influencia norteamericana, que nos hizo sin duda ser más eficaces, rigurosos y exactos, privilegiando la especialización y la subespecialización, pero que al mismo tiempo nos hizo menos integrales, más individualistas y más competitivos.

En lo personal he vibrado con entusiasmo por los avances del conocimiento y de la técnica quirúrgica y he tratado de estar siempre al día, pero al mismo tiempo me he esforzado por no perder el antiguo y maravilloso arte de la semiología clínica y la buena anamnesis. Con prudencia y moderación he ido incorporando en mi quehacer médico los nuevos aportes imagenológicos, endoscópicos y de laboratorio en el diagnóstico tratando de no exponer a los enfermos y a los servicios de salud a un desmedido incremento de los costos y los tiempos de espera que producen segregación e inequidad. Igualmente he tratado de mantener y transmitir a mis alumnos el espíritu solidario de los años 60 y 70, que se expresaba muy bien en el Servicio Nacional de Salud de aquel entonces. He luchado porque los cirujanos sigan siendo capaces de entender y considerar la problemática psicosocial de sus pacientes cumpliendo con el imperativo hipocrático de buscar su bienestar físico y espiritual. Y que sean, además, respetuosos y leales con los colegas y todos los miembros de los equipos de salud.

Confieso que en mis primeros 15 años de cirujano me sentía profundamente orgulloso, comprometido e identificado con la escuela quirúrgica del San Juan de Dios de los años estelares de los 60 y 70, que dirigía el profesor Italo Alessandrini desde su llegada al nuevo hospital en 1954. Sentía que pertenecía a la estirpe quirúrgica que venía de los profesores Lucas Sierra y Vargas Salcedo, sus maestros, y que continuaba con la pléyade de grandes cirujanos formados a su alero en ese gran centro docente asistencial, todos los cuales fueron mis maestros directos.

Sin embargo, la experiencia de haber transitado por diferentes regiones y por hospitales de distinta complejidad y de haber conocido a médicos de distinto origen y formación me sirvió para tomar conciencia que no sólo en la capital había buena medicina, que no sólo de mi Universidad salían buenos médicos y que el San Juan de Dios, mi gran centro formador, no era necesariamente siempre el mejor. Rápidamente conocí y valoré tremendamente a los egresados de la Universidad de Concepción y de la Universidad Católica y me identifiqué con las nuevas Escuelas de Medicina de Valparaíso, Valdivia y Temuco con los cuales compartí enseñanzas y experiencias y en las cuales conocí y gané magníficos amigos.

Mi incorporación a la Cirugía porteña, adonde terminé de desarrollarme y donde finalmente pude hacer mis mejores aportes docente-asistenciales, fue especialmente enriquecedora al tener la oportunidad de conocer mejor a sus grandes figuras de antaño, como los Drs. Guillermo Munich, Adolfo Reccius, Romeo Cádiz y José Bengoa; apreciar la tradición de calidad de los hospitales Gustavo Fricke, Carlos Van Buren, Enrique Deformes, Naval Almirante Nef, Alemán y de nuestro último hospital Dr. Eduardo Pereira, donde se unificaron los tres servicios de cirugía de Valparaíso en 1986; de conocer y valorar la calidad y el aporte de las más notables figuras de la generación que me antecedió como los Drs. Óscar Zunzunegui y Arturo Villagrán del Carlos Van Buren, Carlos Pattillo y Rodrigo Manubens del Enrique Deformes, Svante Tornvall, Pedro Uribe y Jaime Venezian del Hospital Valparaíso, Elías Bitrán y Jorge Kaplán del Hosp. Naval y Jorge y Hernán de la Fuente, José Klinger y Miguel Orriols del Gustavo Fricke, todos ellos maestros respetables y reconocidos y cuya capacidad como

directivos y jefes de servicio permitió avances quirúrgicos notables y el desarrollo de grandes iniciativas regionales como la creación de la Escuela de Medicina de Valparaíso. Rindo homenaje y agradezco a todos ellos por las oportunidades y enseñanza directa o indirecta que me dieron en el servicio, en la docencia y en las actividades de las sociedades científicas y gremiales regionales.

Considero que es todo un hito que después de 22 años un cirujano de provincia vuelva a ser elegido Maestro de la Cirugía Chilena, tomando en cuenta, además, que han sido poquísimos los que la recibieron: César Garavagno de Talca, Ignacio González, que era sólo en parte de Concepción y mis antecesores de Valparaíso Guillermo Munich, Svante Tornvall, Pedro Uribe y Jorge Kaplán. Conociendo la sacrificada y trascendente labor de los cirujanos en los centros regionales y sabiendo el afecto y el prestigio que algunos han tenido en sus comunidades y entre sus discípulos, cuesta entender que en ese grupo no hayan estado presentes algunos insignes cirujanos de Iquique, Antofagasta, La Serena-Coquimbo, Rancagua, Talcahuano, Temuco, Valdivia o Puerto Montt.

Quisiera destacar, también, que después del Dr. Roberto Burmeister, es la segunda vez que un cirujano que ha hecho la carrera larga, comenzando como Médico General de Zona, completado su formación formal como Residente Becario de Retorno o Secundario y haya sido cirujano de Urgencia y Jefe de Turno gran parte de su vida recibe esta distinción. Y, sin embargo, hemos sido muchos, y con los mismos méritos, los formados en ese modelo, que privilegiaba la formación primero como médico integral básico, luego como especialista general y sólo finalmente como subespecialista y lo han hecho bastante bien.

Es verdad que este es un modelo actualmente cuestionado porque presupone que los futuros cirujanos tendrían que conocer la disciplina e introducirse en su práctica desde el pregrado y, no como se plantea ahora, como actividad estrictamente de postgrado. Es cierto también que ese esquema va en contra de la tendencia moderna a una especialización precoz la que por lo demás nos tiene bastante en jaque por la demanda irracional de especialistas por la población, por las expectativas un tanto egoístas de muchos médicos jóvenes, por la incapacidad de las escuelas formadoras en aumentar la oferta y la impotencia de los servicios de salud de dar cobertura y calidad en la salud pública. ¿No es verdad que en todas partes del mundo, incluyendo Estados Unidos, se ha estado revalorizando el papel del cirujano general en la comunidad, en la atención primaria y secundaria, en la docencia de pregrado y como indispensable primera etapa en la formación de postgrado? y ¿no es cierto que la ultraespecialización, consecuencia del deseable y necesario desarrollo de la técnica, parece llevarnos a niveles de virtuosismo tales que podrían amenazar en el futuro a convertir a los cirujanos en tecnólogos altamente calificados olvidándose de la esencia de la Medicina?

Ahora sé que pertenezco a la gran escuela chilena de cirujanos, que está indisolublemente unida a la historia de esta Sociedad y que es secundada por el Capítulo Chileno del American College of Surgeons y apoyada por los Departamentos de Cirugía de las Universidades Chilenas. Reconozco en la Sociedad de Cirujanos de Chile a mi principal fuente de educación y formación continua en la segunda parte de mi vida, al igual que de la inmensa mayoría de los cirujanos de este país. Ella nos ha dado la oportunidad de conocer y relacionarnos, con personalidad e independencia, con lo mejor y más avanzado de la Medicina y de la Cirugía nacional y extranjera. De ello me siento muy agradecido. En su seno hace tiempo que me siento entre hermanos y amigos. Ella es mi familia quirúrgica.

Quisiera terminar estas palabras expresando que en mi vida la mayor recompensa ha sido tener una maravillosa familia y que mi principal apoyo en los buenos y en los malos momentos ha provenido de la fortaleza, de la comprensión y del amor que me ha dado Alicia, mi querida esposa. A ella, a mis hijos, a mis nietos y a mis padres que ya no están, dedico esta honrosa distinción.

Dr. Julio Fernando González Pardo